

15 de mayo. Pentecostés

DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES (HE 2,1-11)

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente un ruido del cielo, como de viento impetuoso, llenó toda la casa donde estaban. Se les aparecieron como lenguas de fuego, que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el Espíritu Santo les movía a expresarse.

Había en Jerusalén judíos piadosos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al oír el ruido, la multitud se reunió y se quedó estupefacta, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Fuera de sí todos por aquella maravilla, decían: «¿No son galileos todos los que hablan? Pues, ¿cómo nosotros los oímos cada uno en nuestra lengua materna? Partos, medos y elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, el Ponto y el Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de Libia y de Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras lenguas las grandezas de Dios».

DE LA PRIMERA CARTA DE SAN PABLO A LOS CORINTIOS (1COR 12,3-7.12-13)

Por eso os manifiesto que nadie, movido por el Espíritu de Dios, puede decir: «Maldito sea Jesús»; y nadie puede decir: «Jesús es el Señor», si no es movido por el Espíritu. Hay diversidad de dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de funciones, pero el mismo Señor; diversidad de actividades, pero el mismo Dios, que lo hace todo en todos. A cada cual se le da la manifestación del Espíritu para el bien común.

Del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, forman un cuerpo, así también Cristo. Porque todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, fuimos bautizados en un solo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido del mismo Espíritu.

DEL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN (JN 20,19-23)

En la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando los discípulos con las puertas cerradas por miedo a los judíos, llegó Jesús, se puso en medio y les dijo: «¡La paz esté con vosotros!». Y les enseñó las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Él repitió: «¡La paz esté con vosotros! Como el Padre me envió a mí, así os envió yo a vosotros». Después sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengáis, les serán retenidos».

ESPÍRITU QUE RENUEVA LA FAZ DE LA TIERRA

Lucas, el autor del evangelio y del libro de los Hechos, es el más ordenado de los autores del Nuevo Testamento. Sólo él desglosa en tiempos claramente separados la resurrección, las apariciones, la ascensión y pentecostés. En el evangelio de Juan, todo parece suceder al mismo tiempo: Cristo resucitado exhala su aliento: “Recibid el Espíritu Santo”.

Espíritu de consolación, de sabiduría, de perdón. Espíritu que renueva la faz de la tierra. Dios Amor en lo más íntimo de mi ser. Pero a los humanos, la excesiva cercanía nos

asfixia, necesitamos aire. Quizás por eso, no somos conscientes la mayor parte del tiempo de que somos habitados. Pero Dios está ahí, con una infinita discreción. Y basta una palabra.

Las dos primeras lecturas de hoy insisten machaconamente en la unidad en al diversidad, o mejor, de la diversidad de la unidad. La unidad que trae el Espíritu es multicolor. No un nuevo lenguaje universal sino comunicación entre los que hablan distintas lenguas, no una Iglesia uniforme y monolítica, sino comunión entre los que cumplen con diversas funciones y expresan distintas sensibilidades.

Entre los humanos, hasta el amor más sincero puede volverse manipulador. Tratamos, hasta sin querer, de reducir la libertad del otro a mi voluntad. No así el Espíritu, que promueve lo que de más auténtico que hay en cada uno. Pone las bases para que podamos hacer de nuestra vida un espacio para la creación de algo hermoso y bueno.

Y el perdón es esa base. Los discípulos, tras muerte de Jesús estaban destrozados. Le habían dejado solo, se sentían cómplices de los que habían asesinado al Maestro. Pero Él vino a verles: “la paz con vosotros”. El perdón reemplazó esa tristeza fría que se había instalado en el corazón, las lágrimas derritieron el hielo, y volvieron a respirar. “A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados”. Ahora les toca a ellos propagar esta “cadena del perdón”.

Contamos con la promesa de Jesús de que su Espíritu nos acompaña. Podemos hablar con Él (¿o debíamos decir “ella”, como lo hacía Jesús? –Espíritu es una palabra femenina en arameo–) en cualquier momento, o reconectar de muchas maneras.

Pues la discreción de Dios le impide hacerse notar, si no le invitamos. Es por esto por lo que hay que rezar. Pero basta abrir una rendija para que entre la luz, para que penetre el viento de Dios, el Espíritu. Y donde antes sólo había oscuridad, la luz lo inunda todo.

Espíritu capaz de limpiar como el viento lo que el olvido y la culpa han acumulado en los pliegues del alma. Nos restituye a la alegría, a la paz. Nos impulsa a anunciar la Buena Noticia de Jesús: Dios con nosotros contra el mal. Cristo, nuestro Redentor, que quita el pecado del mundo.

Y nos sentimos afortunados de poder contar con Ella, con el Espíritu. Ella que hace que hasta podamos reírnos de nuestros pecados, ¿quién nos separará del amor de Dios? El mal tiene la partida perdida, ¡el Espíritu se ha puesto tan a mano!

Una oración:

Espíritu Santo,
 haz que nos volvamos hacia ti
 en todo momento.
 Muy a menudo olvidamos
 que tú nos habitas,
 que oras en nosotros,
 que amas en nosotros.
 Tu presencia en nosotros
 es confianza y continuo perdón